

La Reconquista

Por Alí Lmrabet (agosto/5005)

Premio Columnistas de EL MUNDO, este periodista dirigió en Marruecos los semanarios 'Demain' y 'Demain Magazine', que fueron cerrados por orden gubernamental al no plegarse a los dictados del poder.

1. Buscando a Don Pelayo en Covadonga

El periodista e historiador, considerado un símbolo de la libertad de prensa por su enfrentamiento con el régimen de Marruecos que le condujo a la cárcel, escribe esta serie sobre la Reconquista después de haber recorrido los principales enclaves de esta gesta.

La primera reacción de la recepcionista del Gran Hotel Pelayo de Covadonga a la pregunta « ¿Hay algún resto árabe por aquí? » es, primero, de franca incredulidad; luego de certero dictamen cuando, entre carcajadas, suelta: «Estamos en el único lugar de España donde los musulmanes no pudieron llegar». Covadonga, que pertenece al municipio de Cangas de Onís, Asturias, valle agarrado a una montaña y rodeado de cumbres abruptas y exuberantes bosques, vive de la leyenda de Don Pelayo, el primer matamoros de la Historia de España.

Para subir hasta Covadonga hay que tener buenas piernas o una sólida fe en la Santina, virgen y patrona del santuario donde, según la leyenda, reposan los restos de Pelayo, el caudillo de la Reconquista. En la entrada de una sobria gruta llamada Santa Cueva, no es difícil darse cuenta de que soy el único infiel que osa aventurarse en este venerable lugar. En medio de cruces y sotanas, los beatos turistas cuyas caras reflejan pasión y respeto por el protonacionalista de la Hispanidad se dirigen hacia una suerte de cavidad donde puede leerse una inscripción que reza: «Aquí se inició la restauración de España, vencidos los moros».

Pero, la gesta de Pelayo, ¿existió tal y como la cuentan los libros escolares? El tema no es tan simple. Aunque las fuentes históricas españolas, escasas y de problemática autenticidad, glorifican la proeza de un tal Pelayo que, con cuatro gatos, «aniquiló al enemigo ismaelita», estas cándidas creencias han sido desde hace lustros doctamente barridas por casi todos los historiadores.

Con la notable excepción de Claudio Sánchez Albornoz que sentenció que «bajo [el] amparo [de Pelayo] nació por tanto España», los estudiosos son categóricos: el despedazamiento en Covadonga de una simple patrulla árabe, hecho acaecido supuestamente en el 722 y obra del jefe astur, no fue ni una batalla ni el comienzo de la Reconquista, y ningún invasor musulmán se murió de miedo al oír el nombre de Pelayo. Los árabes nunca se interesaron seriamente por Asturias, una región montañosa y un poco fresca para sus cálidos gustos.

En todo caso es así como lo ve el catedrático de Literatura Árabe Serafín Fanjul, un universitario poco sospechoso de maurofilia (simpatía hacia lo moro). En uno de sus libros, este nuevo revisionista de la historia de Al-Andalus y azote del multiculturalismo no tiene reparo en reconocer que es «el reducido interés estratégico, climático y de riqueza que presentaba el rincón noroeste de la Península, unido a las dificultades orográficas y de comunicación, [quienes] indujeron a la retirada [musulmana] más que ningún Don Pelayo, Covadongas incluidas».

Dicho esto, lo incuestionable en esta historia de moros y cristianos es la irrupción repentina e imparable de los musulmanes en la antigua Hispania del siglo VIII. En el 711 del calendario gregoriano, una tropa enviada desde el Magreb por Musa Ibn Nusair y conducida por su lugarteniente Tarik Ibn Ziyad desembarca en la península.

Al pisar tierra ibérica, Tarik quema sus barcos y se dirige a sus hombres en una arenga que todavía sigue siendo coreada por los escolares árabes y musulmanes 14 siglos después: «Al bahru wara'akum ual ad'duo amamakum» («el mar está detrás de vosotros y el enemigo está frente a vosotros»). Es el «vencer o morir» que, como muchas veces, surte efecto. En una carga digna de la yihad que les llevó a atravesar el Estrecho, las tropas arabo-beréberes de Tarik destrozan el ejército visigodo de don Rodrigo en la batalla de Wadilaqqa -un lugar que hasta hoy los historiadores son incapaces de ubicar en un mapa-, y abren la vía para la conquista de la Península.

La expansión territorial islámica es un paseo militar. Por la ruta de las antiguas calzadas romanas, los invasores cosechan victorias. Las grandes ciudades caen sin apenas resistencia y el reino visigodo se derrumba. El botín es considerable. Las crónicas árabes describen la fascinación que causa el descubrimiento del país sobre esos ascetas guerreros.

En su Descripción de España, Ahmad Al-Razi se deja llevar por la exaltación cuando evoca el «clima muy sano por la calidad de su aire», las «altas montañas», los «anchos valles y grandes bosques», los «árboles frutales», la «abundancia de peces» y hasta los «buenos vinos». Al final, rendido, Al-Razi no tiene más remedio que reconocer que «Hispania se parece al paraíso de Dios». Un paraíso que no tarda mucho en caer en manos musulmanas para luego convertirse en Al-Andalus como expresión geográfica de un territorio que englobaba no solamente el sur, el centro y parte del norte de la Península, sino también la casi totalidad del actual Portugal.

¿La rapidez de la ocupación, la felonía del conde don Julián (el legendario gobernador de Ceuta que ayudó a los musulmanes a atravesar el Estrecho), y la profusión de traiciones por parte de la aristocracia del reino de Toledo, tienen algo que ver con la mitificación de un personaje histórico de poca monta? Es probable. Los sentimientos patrióticos se nutren siempre de símbolos e indomables. No sería de extrañar, pues, que la vaga gesta del Pelayo de Covadonga haya sido magnificada hasta hacer de un simple cabecilla un impulsor de la

Reconquista, omitiendo de señalar su inicial colaboración con los invasores y la causa primera de su revuelta: la boda de su hermana con un gobernador mahometano de la zona.

Sin embargo, y es algo que va a tranquilizar a los guardianes del templo de la Hispanidad, los textos árabes no ignoran Covadonga. Por ejemplo, el cronista Al Maqqari, que tacha a Pelayo de «malvado cristiano», deja entrever al final de un párrafo que algo debió ocurrir en las infranqueables montañas de Asturias que el cronista sitúa en Galicia.

«No había quedado en Galicia alquería ni pueblo que no hubiese sido conquistado, a excepción de la sierra, en la cual se había refugiado este cristiano. Sus compañeros murieron de hambre, hasta quedar reducidos a 30 hombres y 10 mujeres aproximadamente, que no se alimentaban de otra cosa sino de miel de abejas, que tenían en colmenas, en las hendiduras de las rocas que habitaban. En aquellas asperezas permanecieron encastillados, y los musulmanes, considerando la dificultad del acceso, los despreciaron: 'Treinta hombres, ¿qué pueden importar?'. Después llegaron a robustecerse y a ganar terreno, como es cosa sabida».

Eso sí, se «robustecieron» y emprendieron una resistencia que con los siglos se convirtió en otro mito llamado Reconquista. Un término que, como la historia de Pelayo, fue utilizado hasta la saciedad con fines no muy históricos, ¡pero que muy católicos!, para dar fecha y argumento al nacimiento de la identidad española.

Antes de dejar Covadonga, intento informarme sobre la presente presencia árabe en Asturias. En todo el municipio de Cangas de Onís, Covadonga incluida, no hay ningún residente musulmán. Y en toda Asturias, el número de residentes magrebíes no llega a 700. Es muy poco. ¿Acaso es por miedo a oír algún día el grito de guerra del fantasma de Pelayo?

2. La Córdoba de Abderrahmán III

El periodista e historiador marroquí se adentra en el corazón de Córdoba, la que fue capital de Al-Andalus, para descubrir los vestigios del imperio de Abderrahmán III. Y confirma que la ciudad de hoy no está hecha para los fieles seguidores de Mahoma.

Si Alá, «en su infinita misericordia» como dicen los creyentes, devolviera la vida a Abderrahmán, el tercero de nombre, el omeya, el primer califa de Al-Andalus, no reconocería ni de lejos a su Córdoba natal, a la capital de su poderoso imperio. El casco antiguo musulmán está imbricado en la ciudad moderna. Las imponentes murallas que antaño protegían a la ciudad de sus enemigos se han convertido en muros carcomidos por el tiempo y la intemperie, y algunos de ellos sirven de miserable apoyo para sostener casas de estructura inestable. Medina Azzahra, la joya que el califa ordenó construir para ser sede de su corte y de su administración, está en ruinas y es hoy el pasto de turistas que penetran sin ningún pudor en algunas alcobas íntimas.

Y lo más grave, la Gran Mezquita de Córdoba, la que su ancestro Abderrahmán I construyó y que él mandó embellecer y ampliar, se ha convertido en un antro de la cristiandad donde está prohibido rezar si no es en cristiano. La mezquita de los omeyas es hoy una catedral desfigurada por algunos aportes arquitectónicos que los vencedores cristianos agregaron a la estructura original para intentar borrar de la mente de los vivos que bajo estos techos abigarrados se postraron durante siglos los fieles del Todopoderoso.

¿Qué hubiera hecho un resucitado Abderrahmán III al constatar tales profanaciones? Creo que el sultán hubiera vociferado «¡A mí, seguidores del Profeta!». Pero ¿quién acudiría a su socorro en este Al-Andalus del siglo XXI, tan transformado y tan irreconocible? Pues nadie. O casi nadie. Los 700 musulmanes, entre marroquíes, paquistaníes, senegaleses y algún que otro sirio o palestino, de Córdoba están más preocupados por su situación socioeconómica que por grandezas pasadas. Ninguno de ellos se ofende cuando a la vuelta de una callejuela de la antigua Judería se encuentra que bajo el rótulo del bar Bodegas Mezquita se ofrecen más de «40 tapas y 60 vinos», o que cerca de la Puerta de Almodóvar un bar se haya atrevido a llamarse Mihrab Tapas. ¡Nuestro sacrosanto mihrab, nicho que señala la dirección de La Meca, convertido en impío anuncio publicitario! ¿Dónde vamos a parar?

En definitiva, la Córdoba de nuestro tiempo, la que contempla este viajero, no está hecha para Abderrahmán III ni para los fieles de Mahoma. Lo que en su tiempo fue la mayor metrópoli de Europa con calles pavimentadas y alumbradas, y una población de centenares de miles de habitantes -cuando las capitales de la cristiandad eran poblados hediondos y pauperizados-, es hoy una simple capital de provincia que se acuerda de su pasado a través de las ruinas. Incluso los inmigrantes musulmanes prefieren otras urbes, otros horizontes más prósperos. «Del esplendor omeya quedan únicamente las piedras», me dice un intelectual árabe que reside en la ciudad, antes de suspirar «pese a todo, ¡qué grandes fueron Córdoba y su califato omeya!».

Los omeyas eran la dinastía que reinaba en Damasco, centro del mundo musulmán, cuando en 749 el clan de los abasíes se hace con el poder, extermina a la familia reinante y traslada la capital a Bagdad. Sólo un príncipe espabilado, Abderrahmán, se salva por los pelos. El joven, de 20 años, se escapa al actual Marruecos y de allí pasa a Al-Andalus donde, gracias a sus dotes de embaucador nato, se proclama emir (representante del califa) bajo el nombre de Abderrahmán I. Como Bagdad se encuentra a miles de kilómetros, el nuevo gobernante omeya funda una nueva dinastía que se independiza de la autoridad abasí sin cortar formalmente los lazos de sujeción ni atreverse tampoco a alzarse con la dignidad de califa, o príncipe de los creyentes (los califas detentaban la doble autoridad terrenal y espiritual), dejando esta función religiosa al usurpador de Bagdad.

Dos siglos más tarde, en 912, su descendiente directo, Abderrahmán III, accede al poder. No es un novato ni mucho menos. Comienza por mantener a raya a los cristianos de

las Marcas (fronteras militares con los reinos cristianos), impone el respeto a los príncipes magrebíes -«reyezuelos de la costa africana», como los llama el cronista Ibn Hayyan-, y como buen estratega se ensaña en minar poco a poco los dominios del rebelde Omar Ibn Hafsún, un nieto de muladíes, cristianos convertidos al islam, que controla un amplio territorio entre Algeciras y Murcia. En vez de atacar frontalmente al disidente caudillo, como lo habían hecho en vano sus predecesores, Abderrahmán III asedia sus fortalezas más vulnerables haciéndolas caer una tras otra hasta que, según el cronista Al-Razi, el extraviado Ibn Hafsún, señor del nido de perdición del castillo de Bobastro, pide la paz.

Liquidada la revuelta de Ibn Hafsún, seguramente la amenaza más seria para sus feudos, el emir omeya decide hacer lo que sus antecesores no se habían planteado ni en sueños: noquear a los lejanos abasíes transformando el emirato de Córdoba en califato. Un viernes de 929, el alfaquí encargado de las plegarias invoca desde el mimbar de la mezquita aljama de Córdoba la condición de califa de Abderrahmán III. Bagdad no se mueve y el nuevo representante de Dios en su tierra puede ir a lo suyo: la grandeza de Al-Andalus.

Durante sus años de califato, la administración se centraliza, las arcas del Estado se llenan con el flujo de impuestos, tributos y otros tesoros de guerra, y la economía crece. En el exterior, Abderrahmán III puede permitirse el lujo de mosquear a los otros dos califas del mundo musulmán, el fatimí del Magreb y el abasí de Bagdad, manteniendo buenas e inútiles relaciones diplomáticas con el imperio bizantino. El sultán es para sus súbditos y aliados Nasir li-din Alah (el defensor de la religión de Dios) y para el poeta Ismail ben Badr, que se lo canta, el que «Dios le ha decretado en sus inexorables designios. Que sea siempre triunfante contra los enemigos».

Pero en 939, ni los designios de Alá ni tampoco los del poeta Ismail pueden hacer nada para defender al ejército de Nasir en la batalla de Simancas. Ese año, al sur de Valladolid, las milicias del rey Ramiro II de León ponen en fuga a los musulmanes. Aunque la batalla en sí no es importante y no cambia el orden de las cosas, por primera vez un supuesto ejército invencible era derrotado por los «malvados cristianos», como se lamenta el cronista Ibn Hayyan en Al Muqtabis.

Abderrahmán muere en 961 dejando un califato al cénit de su magnificencia que su hijo Al-Hakam II y luego Almanzor mantendrán en lo más alto hasta que los desmanes de los sucesores terminen extinguiéndolo definitivamente.

Vuelta al presente. En agosto de 2005, la Córdoba que yo contemplo es la sombra de sí misma. La Universidad islámica Averroes de Al-Andalus, creada con fondos árabes por un ulema marroquí acérrimo opositor de Hassan II, está cerrada desde hace dos años. «Los moros se han ido», me confirma una vecina.

La muerte repentina de su fundador, pero también las guerras intestinas (y financieras) entre los promotores, han dinamitado el bello proyecto.

Mansur Escudero, el secretario general de la Comisión Islámica de España, el mismo que hace unos años pidió al Papa Juan Pablo II permitir a los musulmanes rezar en la Mezquita-Catedral, sigue esperando que la Divina Providencia ablande el corazón de los obispos romanos. Y algunos cordobeses convertidos al islam siguen «cabreándose», me confía el intelectual árabe, cuando se les tilda de «conversos. Aseguran que son los descendientes de los moriscos, los musulmanes obligados a convertirse al cristianismo después de la Reconquista, y que han vivido ocultos todos estos siglos». Mejor seguir mi camino.

En un céntrico parque, está la mezquita Al Morabito. Es un minúsculo templo construido por Franco durante la Guerra Civil española en homenaje a su ejército marroquí y frecuentado por inmigrantes. Es allí donde quiero acabar mi relato. Al final de la tarde, después del rezo, me mezclo con los fieles y entablo conversación con uno de ellos.

«Es increíble que en la capital de Abderrahmán III los musulmanes no tengan una gran mezquita», le comento, algo airado. «¿Abderrahmán qué? ¿Quién es éste?», me responde mi interlocutor.

3. Toledo, tolerancia, ¿intolerancia?

El escritor y periodista marroquí dirige sus pasos a Toledo, 'la capital de las tres culturas', y lo hace decidido a seguir las huellas de la presencia árabe en sus calles. Defiende que el aire liberal que tuvo la urbe se respiraba también en otras ciudades.

Lo primero que hace el turista al llegar a la estación de ferrocarril de Toledo es buscar con la mirada la parte medieval de la ciudad. Las guías turísticas de Castilla-La Mancha, que no escatiman elogios al presentar a su capital como un centro histórico del más elevado interés, la sitúan en una colina rodeada de grandes muros como si fueran pertrechos. Esos folletos también recuerdan que Toledo sigue fabricando sus famosas y afiladas espadas, por si acaso.

Como todo viajero curioso, me dirijo hacia el casco histórico y hago el obligado recorrido turístico comenzando, como no podía ser de otra manera, por el Museo Taller del Moro. En realidad, tendría que llamarse Museo Taller del Mudéjar, porque son los mudéjares, los musulmanes que se quedaron a vivir en tierra reconquistada, los que fabricaron los artesonados y yeserías del museo. Pero seguramente que, como la palabra mudéjar es menos accesible al común de los mortales, pues ¡anda! vamos a lo moro. Aunque la morería ya me empieza a cansar en este viaje.

La mezquita del Cristo de la Luz, uno de los dos templos musulmanes que todavía siguen en pie, tiene una bonita y devota historia. Cuenta la leyenda que, al ocupar las huestes arabobereberes la ciudad en 716, los cristianos emparedaron entre sus muros la imagen de Cristo acompañada de una lamparilla encendida. Querían protegerlo de la supuesta profanación a la que le iban a someter los musulmanes. Juran que la lámpara

brilló durante 369 años. Un auténtico milagro, ya que la compañía Gas Natural no existía aún.

En cuanto a los judíos, peor parados están que los musulmanes. La sinagoga de Santa María la Blanca, la más antigua, construida a finales del siglo XII e inspirada en el arte almohade, se halla nada menos que en la calle de los Reyes Católicos. Menudo homenaje a los que expulsaron a los judíos de España.

Vine a Toledo porque alguien me dijo que la ciudad simboliza el espíritu de tolerancia de Al-Andalus. La ciudad de las tres culturas, las tres religiones -musulmana, cristiana y judía- que, según algunos historiadores, convivieron durante siglos. Cuando Toledo fue reconquistada por Alfonso VI en 1085, muchos eruditos musulmanes se quedaron, mezclándose con los judíos que escaparon de la zona almohade. Fue cuando Toledo vivió un periodo de paz y libertad que facilitó la circulación de ideas y ciencias, en especial cuando se crearon las escuelas de traductores que tradujeron muchos libros del árabe al latín, pudiendo así difundir parte del legado de la Grecia antigua en Europa.

El aire liberal que se respiró en Toledo se respiraba igualmente en muchas ciudades de la zona controlada por los musulmanes de Al-Andalus, pero al terminar la Reconquista en 1492, y especialmente después de la deportación de los moriscos de España a comienzos del siglo XVII, tanto la epopeya de Toledo como la de Al-Andalus quedaron relegadas a un segundo plano. La Historia de casi ocho siglos de presencia árabe, con mozárabes viviendo en zonas musulmanas y mudéjares en las cristianas, la introducción de nuevas formas de riego, de nuevas cosechas desconocidas como el arroz, la caña de azúcar y los frutos cítricos, así como el formidable desarrollo del comercio que hizo de Al-Andalus una zona central del mundo, y finalmente las obras arquitectónicas, fueron olvidándose. Santiago había efectivamente cerrado España, pero cerró todo, lo bueno y lo malo.

Este olvido hubiera durado bastante tiempo si un viajero norteamericano, Washington Irving, no hubiera visitado España en 1829. Su viaje a pie de Sevilla a Granada y su descubrimiento del palacio de la Alhambra revolucionan la visión que se tenía de la España musulmana. Su libro Cuentos de la Alhambra, publicado en 1932, desata un romanticismo frenético que abre la imaginación de los occidentales sobre Al-Andalus. Poco a poco se descubre que existió un gran imperio musulmán en la antigua Hispania.

La ola de romanticismo mitifica Al-Andalus hasta tal punto que la Hispania musulmana es vista como una civilización culta y refinada, un paraíso en la tierra. En su obra Historia de la España musulmana, W. Montgomery Watt recuerda lo que señaló Américo Castro en uno de sus libros sobre la entrada en Sevilla de las tropas victoriosas cristianas en 1248, que «no pueden reprimir su asombro al contemplar la grandeza de Sevilla; los cristianos nunca habían poseído nada semejante en el campo artístico, en esplendor económico, en organización civil, en tecnología, o en producción científica y literaria». Y Watt se pregunta:

«¿Cabe considerar el periodo islámico de la Historia de España como una de las más grandes épocas de la Humanidad?».

Toda la polémica pasada y actual sobre Al-Andalus está en la pregunta de Montgomery Watt. ¿Al-Andalus fue o no algo extraordinario que benefició a España? El primero que respondió es Américo Castro. En su libro más conocido, España en su historia: cristianos, moros y judíos, Castro defiende la idea de que no existe ninguna continuidad entre la España de antes del islam, es decir, la visigoda, y la España reconquistada, siendo ésta el fruto de la Hispania musulmana y de la cultura mixta que se desarrolló allí durante los casi ocho siglos de presencia árabe. Es todo lo contrario de lo que sostiene otro historiador, Claudio Sánchez Albornoz, que considera el periodo árabe como un paréntesis, ya que, según él, España existía antes de la llegada de los moros. Esta polémica que enfrentó a los dos eruditos en los años posteriores a la Guerra Civil ha sido estudiada y comentada hasta la saciedad por generaciones de arabistas e historiadores de Al-Andalus, cada cual quedándose con su opinión y creencia.

La polémica estaba agotada cuando entre 2000 y 2004 se publican Al-Andalus contra España y La quimera de Al-Andalus, dos polémicos libros de Serafín Fanjul, un catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid. En sus obras, Fanjul no sólo arremete contra las «elucubraciones de Américo Castro y su harka», que «se deja arrastrar [por] su propia verborrea, o [por] su misión profética»; también se mofa de la propuesta de «rearabización de España» (sic) de Juan Goytisolo en su Reivindicación del conde don Julián y de sus «disloques maurófilos». La misión de Fanjul, tal como lo explica él, es desmitificar Al-Andalus, pero con argumentaciones que no escapan a lo ideológico. Tampoco Sánchez Albornoz, cuyas ideas no son muy lejanas a las suyas, se salva de la ira del profesor universitario cuando considera a los musulmanes nacidos en Al-Andalus como españoles. Para desmentirlo, Fanjul da como ejemplo el hecho de que cuando el viajero Ibn Battuta, el árabe predecesor de Marco Polo, llega a China, la comunidad islámica local lo recibe como a un «hermano». De la argumentación de Fanjul parece deducirse que Ibn Battuta ¡es más chino que árabe o español andalusí!

Los libros de Serafín Fanjul tienen mucho que ver con el pasado, pero también con el presente, el islam, los musulmanes y otros moros. Desmitificar Al-Andalus es una misión perfectamente legítima, ya que como escribió Eduardo Manzano, un investigador del CSIC, en la revista Hispania, «existe todo un género pretendidamente histórico que ha alumbrado una idea de Al-Andalus bastante disparatada y trufada de alhambras, poesías líricas, astrolabios, refinamientos orientales, convivencias y esplendores artísticos». Pero lo que es incomprensible es cuando Fanjul traslada el objeto de su investigación al presente, se mete con la lengua árabe (de la cual es catedrático, y además, como lo reconoce Manzano, de «prestigio»), se burla de la prosa poética con la que está redactado el Corán y hace un estudio sobre la homosexualidad en el mundo árabe actual, insinuando algo no muy

católico, o no muy musulmán. La ideología de Serafín Fanjul se encuentra definida en el último párrafo de su libro. «Si los musulmanes de Hispania cometieron pecados que debían expiar, es materia para la reflexión de sus correligionarios de hoy, que no descendientes. Reflexionen, pues, y no nos involucren en sus frustraciones y fracasos; suyos son en primer término». De acuerdo, profesor, pero ¿qué tiene que ver esto con Al-Andalus?

4. Valencia o 'El Vuestro Cid'

El escritor y periodista marroquí se adentra hoy en el pasado árabe de Valencia capital, una historia que está estrechamente ligada a la del Cid Campeador, y descubre que aún hoy se siguen encontrando nuevos restos de la España musulmana.

En las postrimerías del protectorado español en Marruecos, allá por los años 50, un investigador recogió, de una vieja judía marroquí de ascendencia española, un viejo romance transmitido oralmente a través de los siglos. El tono es humorístico y contrariamente a los romances caballerescos moriscos, donde los galantes guerreros son siempre los árabes, en este romance la imagen del musulmán no es muy halagadora: «El moro que () viene/ parece de gran estado,/ la barba trae crecida,/ y el cabello crespo y cano,/ un ojo tiene de vidrio,/ y el otro tiene cerrado/ un oído trae sordo,/ y el otro tapado;/ un brazo trae velludo,/ la mitad de él alheñado,/ ¡Ay, Valencia! ¡Ay Valencia!/ ¡Valencia la bien cercada!/ Primero fuisteis de moros/ que de cristianos ganada./ Ahora si Alá me ayuda,/ a moros seréis tornada,/ a ese perro de ese Cidi/ yo le tranzaré la barba,/ si la enfilaré en mi espada».

En el imaginario arabomusulmán, Valencia no tiene el mismo alcance simbólico que la Córdoba omeya, y la pérdida de esta ciudad situada en el Levante, en Sharq Al-Andalus, no tuvo la misma resonancia que la de Granada. Pero la historia de esta urbe, famosa por la riqueza de sus tierras y la calidez de su clima mediterráneo, está estrechamente ligada a otro matamoros de la Hispania musulmana: el Cidi del romance, procedente de Sidi, término árabe que significa Mi Señor, derivado luego en Cid, nombre con el que se conoce a Rodrigo Díaz de Vivar, personaje histórico y héroe de película.

Cada vez que voy a Valencia, me reservo unas horas para ir a ver a Tono, señor y amo de El Carabo, una librería de viejo situada en medio de lo que queda del casco antiguo de Valencia. Su tienda no es la más bonita ni la más grande del barrio, pero es un auténtico bazar de libros, revistas, pergaminos y manuscritos de todo tipo. Lo más gracioso es que ni el propio Tono sabe lo que tiene. Si le preguntas por algún libro sobre Al-Andalus o la Reconquista, El Cid de El Carabo, con respetable barba y gafas de sabio, te responderá amablemente con la negativa, cuando hay solamente que sacudir las estanterías para que aparezca, como por arte de magia, una vieja edición de los Cuentos de la Alhambra de Washington Irving o parte de la colección de Al-Qantara, la revista de estudios árabes sucesora de la difunta Al-Andalus. Pero lo más importante es que una tarde de conversación

con Tono en su librería te permite conocer mejor Valencia que todos los prospectos turísticos.

No muy lejos, cerca de la Lonja, las obras de construcción de un edificio de infinitas plantas han sido paradas desde que, dicen en el barrio, se descubrió algo que parece ser restos de una ciudad musulmana. Y a poquísimos metros, en una calle peatonal, la ampliación de un sótano se topó con unos arcos aparentemente árabes, bien conservados y de valor. «La nueva ciudad de Valencia está encima de la antigua Valencia, con dos palas y voluntad política podríamos recuperar nuestro pasado», clama un mesonero levantino con aires de intelectual que controla desde su establecimiento tanto las facturas de los clientes como el trabajo de los obreros del sótano.

Pero en fin ¿cómo soñar en recuperar la Valencia árabe si hasta la Valencia del siglo XIX, cuando no fue echada abajo, ha sido reemplazada por bloques de edificios disparatados y feos? Como en muchos sitios de España, los especuladores inmobiliarios han pasado por aquí, mutilando fachadas, sustituyendo las espesas puertas de madera por otras supuestamente más sólidas y más modernas y ganando metros y centímetros en espacios interiores. Ya se sabe que el dinero lo puede todo. En los alrededores de la calle de Ruzafa, donde antiguamente estaba el límite urbano de la ciudad, algunos ancianos (en un idioma que no quieren aclarar si es valenciano o catalán) añoran la época de los grandes jardines interiores que han desaparecido por completo para dejar paso al hormigón. ¡Ay Valencia! ¡Valencia la bien cercada! como canta el romance.

La capital de la Comunidad Valenciana sigue llamándose la Valencia del Cid, pero en realidad de Cid nada. El antiguo principado musulmán gobernado por Sidi Rodrigo existe solamente en la mente de los estudiosos.

Rodrigo Díaz de Vivar nace hacia 1043 en Vivar (Burgos), en el seno de una familia de la pequeña nobleza castellana. Armado caballero por el rey Fernando I de Castilla, el pueblo lo apoda Ruy Díaz. La leyenda, o el cuento chino que evoca los amoríos del futuro Campeador con una tal Jimena Gómez, es fruto de la imaginación desbordante de los poetas y otros escribanos de la época sarracena de España. El Cid se casó efectivamente con una Jimena, pero su apellido era Díaz y no Gómez. Lo que sí es cierto es la enemistad entre Rodrigo Díaz y uno de los hijos de Fernando I, el futuro Alfonso VI. Esta antipatía recíproca, unida al carácter independiente de Rodrigo y a sus logros en los campos de batalla, es la principal causa de su exilio.

El Poema de Mío Cid comienza con la salida del Cid de los feudos de Alfonso. Después de confiar su esposa y sus dos hijas al monasterio de San Pedro de Cárdena, Rodrigo ofrece sus servicios a la familia reinante de Zaragoza, los Banu Hud. Durante años defiende los dominios del emir de Zaragoza de los apetitos de cristianos y musulmanes.

Cuando los almorávides invaden la Península y derrotan al ejército de Alfonso I en la batalla de Sagrajas en 1086, Rodrigo es llamado a la corte, donde no se queda mucho

tiempo. Sin embargo, la experiencia zaragozana, sus naturales dotes de mando y la superioridad técnica de su ejército le han abierto una nueva vía: la protección, mediante tributos, de los pequeños soberanos del levante con los cuales estaba, según el arabista Mikel de Epalza, «bajo contrato». La empresa guerrera de Rodrigo es próspera, democrática, ya que la distribución de los botines de guerra es igualitaria, y además casi humana.

Dice la leyenda que El Cid mantiene buenas y amistosas relaciones con muchos musulmanes, clientes o enemigos. Como lo señala Mikel de Epalza, citando el Poema de Mío Cid, cuando Rodrigo ocupa Alcocer no pasa a cuchillo a los vencidos como hacían muchos vencedores medievales. El Cid no es Sidi por nada. «Los moros y las moras no podemos venderlos. No ganaremos nada cortándoles la cabeza. Instalémonos en el interior de su ciudad, ya que la poseemos. Nos alojaremos en sus casas y nos aprovecharemos de ellos». Si hay que buscar al verdadero creador del marketing, allí lo tenemos.

Pero la hazaña más heroica de su larga carrera militar es seguramente la toma de Valencia. Por entonces, pequeño principado árabe, Valencia pasaba de una mano musulmana a otra hasta que Al Qadir, el sátrapa local, que depende, aunque a regañadientes, de Alfonso VI, contrata a Rodrigo para proteger su minúsculo territorio, lo que Rodrigo hace de buena gana. Pero durante una de sus expediciones, los almorávides, con la complicidad de un clan de la ciudad, toman la fortaleza y asesinan a Al Qadir. El Cid se presenta entonces frente a la fortaleza y después de un largo asedio la conquista con la ayuda del partido antialmorávide. En junio de 1094, ya cansado de depender de reyes y emires, Rodrigo se hace coronar soberano de Valencia.

Cinco años más tarde, muere precozmente a la edad de 56 primaveras. El Cid entra en la Historia antes de acceder a los romances y a la literatura.

Los más ponderados en testificar de sus guerras son los cronistas árabes. Los españoles, de Quevedo a Machado, lo pintan con tintes heroicos y nacionalistas, aunque el primero lo caricaturiza un poco. Pero son los franceses los que se apoderan, literalmente hablando, del personaje; Corneille, Théophile Gauthier, Victor Hugo, Leconte de Lisle, Claudel y otros lo propulsan al olimpo de la literatura.

La popularidad del personaje, su fama que trasciende el tiempo, y la simpatía que atrae hacen que muchos se nieguen a reconocer que Sidi Rodrigo ha combatido tanto a los musulmanes como a sus hermanos cristianos. Muchas veces por intereses espurios. La verdad histórica es, de nuevo, compleja y no del gusto de todos.

5. La reina mora de Siurana

El periodista y escritor marroquí continúa con su particular viaje iniciático recorriendo las huellas de un pasado árabe que fue parte de la idiosincrasia de España. En esta ocasión, la aventura le lleva hasta las tierras con leyenda de Tarragona.

Si los árabes de Siurana hubieran sabido que la tierra donde vivían en el Priorato, en la provincia de Tarragona, iba algún día a producir uno de los vinos más caros del mundo, seguramente no se habrían rendido al enemigo cristiano en el siglo XII. En vez de responder, vociferando, al ultimátum de los asediadores con un firme «esta es mi tierra», habrían coreado jubilosamente «este es mi vino» para frenar la imparable ola reconquistadora.

Contrariamente a lo que se piensa, los arabobereberes que ocupaban Hispania no eran todos monjes guerreros almorávides o radicales almohades. Muchos pasaban de los santos preceptos del Corán que prohíben el consumo del vino porque esta bebida mareante les gustaba realmente. En Al-Andalus, aunque sus descendientes lo obvian, existía un activo comercio de vino. Y, para disimular este próspero negocio, los cultivadores musulmanes elaboraban, al mismo tiempo que la uva vendimiada, un jarabe de mosto cocido llamado rubb o arrope en castellano. Al menor control de la autoridad, esos pillos agricultores fingían una aguda tos de tuberculoso para luego, bajo la severa mirada de los vigilantes de la fe, aliviarse con el rubb.

¿Por qué negarlo? El vino era apreciado por los andalusíes. No en vano, el gran (y descarado) poeta del siglo XI Omar Jayyam celebra en sus Rubayyat las glorias del tinto. «En primavera, voy a veces a sentarme en la orilla de un campo florido/ cuando una hermosa muchacha me trae una copa de vino».

En el campo florido del Priorato, tierra de licorella y pizarra, llegó a finales de los años 80 un conocido productor de vino llamado Alvaro Palacios. El negociante estaba acompañado por otros enólogos amigos que eran también productores de vino de renombre. Todos ellos se quedaron enamorados de la región por su clima mediterráneo y suave, su altitud entre 250 y 600 metros, su pluviometría ideal y sus viñedos en lomas de pronunciadas pendientes que obligan a cultivarlos a mano.

Hoy en día, una botella de L'Ermita de las bodegas de Alvaro Palacios tiene un precio de salida de más de 200 euros. Dominando este panorama de buen vino y boyante mercado, se encuentra, a 700 metros de altitud, la antigua fortaleza árabe de Siurana. Plantado sobre un enorme promontorio, rodeado de impresionantes barrancos de roca calcárea y encajonado entre el río Siurana y el torrente de Estopiñá, Siurana es un precioso pueblo de piedra compuesto por una treintena de casas y apenas una veintena de vecinos. El poblado está unido a las montañas por un paso muy estrecho. Cuando lo visité a finales de julio, el pueblo estaba sofocado, bajo un sol implacable. No pasé mucho tiempo porque, aparte de los paisajes espectaculares, la vista del pantano de abajo y una antiquísima iglesia románica, no había mucha gente con quien charlar.

El problema en este relato es que los datos históricos fehacientes son escasos y las leyendas y cuentos de hadas numerosos. En el libro de Ezequiel Gort Juanpere, *Història de Cornudella de Montsant*, editado por la Fundació Roger de Belfort de Reus, la leyenda de

Siurana comienza en los tiempos del conde Ramón Berenguer IV, cuando toda Cataluña pasa a ser un dominio cristiano. ¿Toda? No. Un reino enano situado en el interior de las tierras conquistadas por el conde resiste a las embestidas catalanas. El gobernante local, un tal Al Memoniz, y su reina Abdelazia (de incomparable belleza, según los escribanos de la época) se niegan a ceder sus dominios a los cristianos, pero, como Siurana está aislada del resto de Al-Andalus, sus feudos caen uno tras otro hasta que solamente queda la fortaleza que, se decía por entonces, estaba a «medio camino del cielo».

Después de muchos asedios, combates crueles y encarnizados, las milicias catalanas llegan a la conclusión de que no pueden con la resistencia de Al Memoniz y de su bella mora. Entonces entra en juego un traidor que, para salvar sus bienes, acepta enseñar un camino secreto que lleva al castillo.

Después de obtener las llaves del castillo, los cercadores dirigidos por Ramón de Gaganot (¡en esta leyenda, los nombres son de risa!) provocan una carnicería. Mientras tanto, en un ala de la alcazaba, Abdelazia, que estaba segura de la impermeabilidad del castillo, celebra una fiesta. Cuando por fin se da cuenta de la catástrofe, ya es demasiado tarde.

Para no caer en manos infieles, la reina morena monta en su caballo blanco, pasa por delante de los cristianos y, tapando los ojos de su rocín, se lanza por el barranco. El cuento dice que, en el último momento, el caballo, que no era tonto, se da cuenta de la tendencia suicida de su ama, intenta frenar clavando las patas en el suelo y hasta hundiéndolas en las rocas. En vano, ya que el pobre caballo y la reina caen al precipicio. Trastocado por tanto coraje, Gaganot ordena entonces que el cuerpo de la mora sea recuperado y enterrado con honores en la mezquita. Pero, como ésta había sido consagrada como iglesia, Abdelazia es inhumada en la pared exterior del templo.

Cuando estuve en Siurana, un viejo aldeano me mostró las supuestas señales que dejó el rocín en la roca, así como una sepultura clavada en la pared de la iglesia. Como si realmente esta historieta, la existencia de un traidor, el caballo blanco y la reina suicida hubieran realmente existido.

El más conocido cronista árabe de Al-Andalus Al-Razi no habla de Siurana ni de cerca ni de lejos. Sólo Abu Abdalá Mohamed Ben Mohamed Al-Idrisi, en su monumental libro sobre la geografía de Occidente, Kitab Nuzhat Al Mushtaq Fi Jtiraq al afaq, evoca una «S'branah que dista de Barcelona de cincuenta kilómetros». Otro cronista árabe, Al Himyari, habla de un Ibn Zaidun, señor de S'branah, que solía salir a matar cristianos en el campo de Tarragona.

La fuente más creíble sobre la historia de Siurana es la indispensable Catalunya románica. En esta obra, se explica que la zona del Priorato no fue ocupada por los musulmanes hasta mediados del siglo IX y que, durante mucho tiempo, Siurana vivió peligrosamente porque estaba metida de lleno en la Marca Superior, la frontera militar de

Al-Andalus con los reinos cristianos del norte. Se sabe, por ejemplo, según textos cristianos, que Siurana fue árabe durante 284 años, hasta que Ramón Berenguer IV intenta tomarla en 1146. La tentativa fracasa, pero la fortaleza queda totalmente aislada en un mar de fortines y ciudades (Tortosa y Lérida) ganadas por el enemigo.

En 1153, una expedición enviada por Ramón Berenguer y comandada por Bertrán de Castellet vence por fin a los últimos defensores de la fortaleza. Los habitantes se exilian, unos hacia el bajo Ebro y otros a Valencia. Siurana era el último reducto musulmán en Cataluña.

¿Y la leyenda de la reina mora? ¿Y el caballo blanco? Pues como siempre, es una falacia histórica para, como dirían algunos, atraer a los futuros turistas y hacer subir el precio del metro cuadrado. Por una vez, los historiadores están de acuerdo entre ellos. Nunca hubo reina mora en Siurana. Hasta su nombre Abdelazia parece una burda deformación de Abdelaziz. En cuanto a su supuesto marido Al Memoniz (cuyo rol en la leyenda es pobre) no se sabe por donde salió, ni él ni su apellido.

Seguramente de la mente de algún ocioso. Ocho siglos y medio desde la ocupación de Siurana, Cataluña ha vuelto a ser conquistada por los árabes. La venganza -si podemos llamarla así-, de la fantasmagórica reina Abdelazia se ha consumado de otra manera. Es el retorno de los expulsados moriscos, como lo llama Bernabé López, catedrático de estudios árabes en la Universidad Autónoma de Madrid. Esta vez por razones económicas y no guerreras. Según el último Atlas de la Inmigración marroquí en España, 15.344 ciudadanos de ese país magrebí estaban empadronados en la provincia de Tarragona en 2003 y 128.686 en toda Cataluña. Estas cifras no reflejan la realidad de la presencia marroquí en Cataluña y no toman en cuenta la gran regularización llevada a cabo por el Gobierno de Zapatero en 2005.

Pero mejor no extenderse en este tema, para que no salga algún desaprensivo llamando por allí a Santiago para que cierre otra vez España.

6. Las Granadas de ayer y de hoy.

La magia Andalusí, su gloria y su derrota, forman parte del itinerario del periodista marroquí, que se reencuentra con las huellas de un pasado que fue esplendor y tragedia, pero que forma parte de la memoria inexcusable de la cultura Española.

La historia es sobradamente conocida. En 1492, los buenos y virtuosos Reyes Católicos, Fernando e Isabel, se hacen con el último reducto musulmán de la Península y echan al nazarí Boabdil de su reino. Este, camino al exilio, a la vuelta de una colina, mira por última vez a sus queridas Alhambra y Granada, y comienza a sollozar, atrayendo la severa reprimenda de su progenitora, que le pega con un: «Llora como una mujer lo que no has sabido defender como un hombre». El lugar donde supuestamente Boabdil comenzó a llorar se llama hoy el Suspiro del Moro.

Durante siglos, a los colegiales del vasto mundo arabo-islámico -uno de ellos es el autor de estas líneas-, se les enseñó que la pérdida del paraíso andalusí se debió a la decadencia de los dirigentes de las taifas, que por su holgazanería y corrupción habían permitido que la Reconquista avanzara cada vez más en la recuperación de los territorios perdidos en el siglo VIII. Naturalmente a ningún maestro de escuela, profesor de instituto o catedrático de universidad se le ocurrió criticar, con la misma contundencia, a las autocracias y dictaduras que imperaban y siguen imperando en el Mundo árabe. Las lecciones de moral son para los otros, nunca para sí mismos. Como dice el proverbio árabe: el camello siempre se ríe de las jorobas de los otros porque no puede ni quiere ver las suyas.

Pues bien, Boabdil paga por todos los sátrapas árabes del mundo, pasados, presentes y futuros. Los cronistas árabes lo aborrecen, y ningún padre se atreve a dar a su hijo el nombre de Boabdil. Me acuerdo de un maestro en los años 60 que cada vez que pronunciaba el nombre de Boabdil decía: «Hashakum», palabra intraducible que se utiliza cuando se invoca algo impuro o cuando se pide permiso para ir al baño. ¡Pobre Boabdil! De la Alhambra al retrete.

Nuestro Boabdil era el descendiente de la familia de Banu Nasr o Nasrís que los vencedores castellanizaron en nazarís. Los Banu Nasr se dan a conocer cuando en 1232 Mohamed ben Yusef ben Nasr se hace proclamar sultán de pacotilla por los habitantes de Arjona. Luego, con una suerte increíble (seguramente la Baraka), el nuevo cabecilla y sus acólitos ocupan otras ciudades de la región, hasta que en 1237 llegan a Granada que, inmediatamente, se convierte en la capital de un nuevo reino. En 1238 la antigua y austera fortaleza de Granada se rehabilita para acoger los cimientos de un palacio real: la Alhambra. En las siguientes décadas, los descendientes de Mohamed ben Yusef se mantienen en el poder haciendo y deshaciendo alianzas, tanto con los cristianos como con los benimerines que mandaban en el Magreb.

Si las detestadas taifas eran nichos de decadencia, con asesinatos principescos o colectivos y orgías demenciales, las relaciones entre cristianos, nazarís y benimerines en los dos últimos siglos de presencia árabe en la Península pueden calificarse difícilmente de probas o normales.

En las crónicas árabes nos encontramos muy a menudo con la noticia de una alianza de Granada con el reino de Castilla para impedir la invasión de los benimerines, para luego, dos o tres páginas más adelante, sorprendernos con otra noticia que anuncia la firma de un pacto del califa magrebí benimerín con los castellanos para socavar la influencia de los granadinos en alguna ciudad costera de lo que quedaba de Al-Andalus. Para los historiadores, es justamente esta profusión de alianzas, pactos y traiciones la que permitió a Granada sobrevivir durante dos siglos. Los nazarís se mantuvieron en el poder más

tiempo que los almorávides o los almohades, potentísimas dinastías cuyos ejércitos no tenían adversarios merecedores de sus espadas.

El más famoso emir nazarí, a parte del malogrado Boabdil, es Mohamed V, quien de 1370 a 1391 proporciona a los granadinos una vida política estable (si se excluye su breve exilio a Fez), una economía próspera y una vida cultural realmente brillante. En su corte ejerce un tal Ibn Jatib, secretario, vizir, estadista y cronista de lujo de ese periodo de la magnificencia nazarí. Autor de tratados y amigo del emir, Ibn Jatib tiene una muerte digna de la otra cara de Al-Andalus. Porque rechazar implicarse en guerras palaciegas, Ibn Jatib se exilia con su familia a Marruecos.

Allí lo reciben bien antes de que mandatarios enviados por Mohamed V le acusen de herejía y desviacionismo. El que es sin duda uno de los prohombres de la cultura y del apogeo andalusí es privado de sus bienes, torturado y finalmente estrangulado en su celda. Por orden de Mohamed V su tumba es profanada y su cadáver quemado frente a lo que desde entonces se llama Bab El Mahruq (Puerta del Quemado) en Fez.

Ibn Al Jatib fue la última estrella en el firmamento de Al-Andalus y a la muerte de su verdugo, Mohamed V, en 1391, el reino de los nazaríes entra en una fase de decadencia imparable que culminará con el último de la fila de los sultanes españoles, Boabdil. Primogénito del emir Mulay Hasan, el joven príncipe es animado por su propia madre a desbancar a su padre por un asunto de faldas, o de harenes si queremos respetar la verdad histórica. En 1482, el príncipe, que los cristianos llaman Boabdil el Pequeño (no se sabe si por talla o por su cerebro), es proclamado rey gracias a una conjura palaciega.

El Pequeño empieza una guerra victoriosa contra los Reyes Católicos antes de terminar preso en la batalla de Lucena. En vez de quedárselo, los soberanos cristianos sabiendo que una guerra de sucesión acecha el reino nazarí lo liberan. Después de algunas batallas y guerras intestinas, Boabdil entrega las llaves de la ciudad de Granada a los Reyes Católicos. Es el 2 de enero de 1492. «Cautivo y desarmado el ejército moro, la Reconquista ha terminado».

Boabdil se marcha a La Alpujarra antes de embarcar para Fez. Aunque la inmensa mayoría de los musulmanes andalusíes (convertidos luego a fuerza de palo en moriscos) no lo sigue, Al-Andalus ya no existe, la civilización árabo-musulmana se ha apagado. En la oscuridad que se apodera del mundo árabe, sólo quedan llantos por un paraíso perdido.

Cuando fui a Granada, en julio pasado, me compré un ejemplar de la revista El legado andalusí, pensando que iba a respirar un cierto aire nazarí. Cual no fue mi asombro cuando me di cuenta de que una buena parte de la revista estaba repleta de fotografías oficiales del rey Mohamed VI con su hermano Juan Carlos I, su esposa Lalla Salma y su verdadero hermano Mulay Rashid. Tuve que frotarme dos o tres veces los ojos para darme cuenta de que no se trataba de la revista Hola o del oficialista diario marroquí Le Matin.

Como se ve, algunos han hecho del pasado un trampolín para vender en Occidente la imagen de alguna que otra autocracia medieval, y en España estamos en la onda. Desde hace algunos años Al-Andalus está siendo utilizado para fines que no tienen nada que ver con el pasado, la cultura o el entendimiento entre los pueblos. La Fundación de las Tres Culturas, cuya sede se encuentra en Sevilla, tiene mucho que ver con el oportunismo político y poco con las culturas ; y el Comité Averroes, creado conjuntamente por Hassan II y el ex presidente del Gobierno Felipe González es una cueva controlada por una amiga de Mohamed VI y el sumo templo del positivismo. Algunos se preguntan: ¿qué hace en ese comité un financiero español más curtido en temas bancarios que filosóficos o literarios?

Antes de abandonar Granada como Boabdil, voy a ver Paco Vigueras, un periodista granadino que anima un colectivo llamado Manifiesto 2 de enero.

Con un grupo de intelectuales y artistas de diferentes horizontes, Paco intenta desde 1995 transformar la fiesta granadina del Día de la Toma [de Granada] que se hace el 2 de enero, en Fiesta de la Tolerancia. Con más o menos éxito, ya que el Ayuntamiento después de haber cedido sobre algunas exigencias del colectivo, como por ejemplo dar lectura de un manifiesto por la tolerancia el día de la fiesta, ha dado marcha atrás. «Hemos podido reconciliarnos después de lo que hicimos durante la Guerra Civil; y somos incapaces de hacer lo mismo con algo que ocurrió hace cinco siglos», se lamenta el samaritano Paco.

7. 'Bye, bye', España

El escritor y periodista marroquí pone fin a su particular incursión en la Reconquista, repasando la intolerancia cristiana del siglo XVII, que provocó la expulsión de medio millón de moriscos de la Península y las fracturas que esto provocó.

La historia da muchas vueltas. En mi ciudad natal, Tetuán, estamos familiarizados con la cultura española. No es que seamos unos quintacolumnistas del Nasrani (cristiano), como insinúan algunos tontos políticos de Rabat, es por una simple razón: cuando Marruecos fue declarado protectorado francoespañol, la zona norte del país fue entregada a la España de Alfonso XIII. Después del desastre de 1898, el Borbón quería otro imperio y las potencias europeas le engañaron dándole un trozo de tierra marroquí situada frente a las costas españolas. Como allí había unas minas de hierro (que el conde Romanones se apresuró a meter en su carpeta de acciones), Alfonso XIII y sus gobiernos, tanto liberales como conservadores, pensaron que esa región era un regalo de Dios, un nuevo El Dorado.

Naturalmente, las consecuencias que sufrió España al aceptar ese dorado territorio que se llama el Rif fueron trágicas. Los continuos enfrentamientos con los indígenas terminaron afectando a la Península: la Semana Trágica de Barcelona, el golpe de Estado del general Primo de Rivera, la República y la Guerra Civil, donde participaron unos 100.000 marroquíes.

¿Pero, por qué me pierdo en los cerros de Ubeda? Es para recordar que España nos ocupó para, según los cuentos cantados entonces por los políticos madrileños, traernos la civilización. Una civilización ciertamente diferente a la andalusí porque era de las que vertía sobre las cabezas de nuestros mayores toneladas de gas mostaza, ocasionando millares de muertos e implicando a nuestros padres en una Guerra Civil que nada tenía que ver ni con nosotros ni con nuestras incipientes ideologías. Pero, al final, como Francia, España tuvo que irse en 1956, llevándose las traviesas de la línea de ferrocarril que iba de Tetuán a Ceuta, pero dejando la huella de la lengua castellana en la región y una inmensa biblioteca de estudios y libros sobre la Historia de España, Marruecos y Al-Andalus.

Es en la Biblioteca General y Archivos de Tetuán, pequeña pero rica Biblioteca Nacional del norte de Marruecos, donde algunos nuevos independizados de España hemos descubierto y devorado los ejemplares de la revista Al-Andalus y libros como Al Hual Al Mawsiyya (Crónica árabe de las dinastías Almorávide, almohade, y benimerín), o el Fragmento de la época sobre noticias de los Reyes Nazaríes. Lo que nos enseñaron esos libros, aparte de lo grande que fue la España islámica, es que en muchas medinas, o cascos antiguos de las ciudades marroquíes, seguían viviendo descendientes de andalusíes. Y algunas familias vivían aún en sus viejas casas, algunas reformadas siguiendo las modas de los siglos, pero otras todavía intactas. Los habitantes de la medina de Rabat saben todos dónde está la casa de los Zapata o la de los Molina; y en Tetuán, el forastero que penetra en la medina no tiene ninguna dificultad en encontrar las casas de los García, Aragón, Torres, Lucas, etcétera.

Todas estas gentes habían sido exiliadas de su tierra natal por la Santa Inquisición o expulsadas por la intolerancia de sus contemporáneos después de la Reconquista. No es que siempre, como lo quiere alguna leyenda, los musulmanes que se habían quedado en tierras reconquistadas por los cristianos hubieran sufrido persecución. Por ejemplo, en 1085, cuando cayó Toledo, muchos artesanos y eruditos musulmanes se quedaron en la ciudad, facilitando con su labor la transmisión de las ciencias islámicas o griegas al resto de Occidente. Como lo explica W. Montgomery Watt en su libro Historia de la España islámica: «Después de 1248, en los reinos cristianos vivían muchos musulmanes. En la nueva provincia andaluza de Castilla, los musulmanes constituían la mayoría de la población, mientras que en Aragón y en la provincia de Valencia los cristianos eran una minoría relativamente pequeña». Según Watt, son los propios conquistadores españoles los que retenían a los musulmanes porque eran el soporte de la economía local.

Se les llamaba los mudéjares, se sabe que conservaron sus leyes musulmanas y siguieron practicando su religión y oficios. Se beneficiaban de la misma protección que la de los mozárabes, los cristianos que vivían en tierras de Al-Andalus regidas por el islam. En su obra Los árabes en la historia, el arabista norteamericano Bernard Lewis evoca al rey Pedro

I de Castilla, que, al restaurar el Alcázar de Sevilla en el siglo XIV, escribió en la lápida que conmemoraba su obra: «Gloria a nuestro Señor, el Sultán don Pedro».

Tuvo realmente que pasar mucho tiempo antes de que este complejo mundo de etnias, religiones y costumbres se viniera abajo. Los mudéjares tuvieron una vida apacible, tan apacible que pocos historiadores se interesaron por ellos. No protagonizaron acontecimientos históricos y, contrariamente a los muladíes (cristianos convertidos al islam) de Omar Ibn Hafsún, que fueron la mosca cojonera del reino de Abderrahmán III, los mudéjares nunca se sublevaron.

Sólo cuando las coronas de Castilla y Aragón se unieron para terminar la Reconquista comenzaron los perjuicios contra los musulmanes. Siete años después de la conquista de Granada, el tristemente famoso cardenal Cisneros ordenó quemar libros musulmanes; y en 1502 se dio a elegir a los musulmanes de Granada entre el exilio al Magreb o el bautismo. Esta exigencia fue trasladada al resto de los musulmanes de España entre 1525 y 1526.

Naturalmente, la mayoría de los musulmanes optó por la farsa del bautismo a sabiendas que continuarían practicando su religión. Esos falsos cristianos se llamaban los moriscos. Los manuscritos aljamiados, donde se enseñaba a los moriscos cómo cumplir con sus obligaciones religiosas, escritos en español pero con caracteres árabes, fueron utilizados durante casi 100 años. En el siglo XVII la intolerancia cristiana llegó a un extremo tal que entre 1609 y 1614 más de 500.000 moriscos fueron expulsados de España, acabando casi todos en Marruecos.

Cuando llegaron al país magrebí, estos musulmanes de segunda se adentraron en un país que no era el suyo. Marruecos había sido la nación de muchos antepasados suyos, pero ya no era su país. Los moriscos se mezclaron difícilmente con la población local guardando muchas distancias con los marroquíes, especialmente con los beréberes. Hasta hoy, los cuatro gatos que se dicen descendientes de los moriscos expulsados miran dos veces los orígenes de los pretendientes de sus hijas antes de casarlas. Como si esas vírgenes fueran santas marías mahometanas.

Ocho siglos de presencia musulmana en España y de un larguísimo periodo de reconquista son difíciles de plasmar en pocas páginas. Sin duda, queda todavía mucho por estudiar sobre este rico periodo de la Historia de España que sigue marcando el imaginario simbólico de los españoles y de muchos musulmanes. Por eso no es de extrañar que hoy en día muchos políticos utilicen esos episodios para apoyar sus propuestas políticas o confirmar sus planteamientos ideológicos, aunque no venga a cuento.

Este es el caso del ex presidente español José María Aznar, que en unas desafortunadas declaraciones en la Universidad de Georgetown, en Washington, relacionó el terrorismo islamista de Al Qaeda con la conquista árabe de España en el siglo VIII. O cuando José Luis Rodríguez Zapatero propone en la Asamblea General de Naciones Unidas una Alianza de Civilizaciones con el mundo árabe, y habla del clima de concordia que

dominó el periodo andalusí recordando, por ejemplo, la labor de la Escuela de Traductores de Toledo.

Para hacer una Alianza de Civilizaciones hace falta aliados civilizados, que hoy llamaríamos además democráticos. ¿Con qué civilizado o demócrata dirigente árabe o musulmán quiere firmar el presidente su alianza? ¿Con el autócrata marroquí? ¿Con el general Ben Ali? ¿Con el faraón Mubarak de Egipto?, ¿o más bien con el sultán Abdalá de Arabia Saudita? Como dice un destacado arabista, «que no se mezclen las churras con los merinas». ¡Dejemos Al-Andalus en paz!